

## *Ambrosio Rabanales, una vocación por el lenguaje*

*Jorge Jobet*

### 1. FORMACIÓN Y AMBIENTE

La Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile ha rendido un homenaje generoso a uno de sus distinguidos profesores, don Ambrosio Rabanales, dedicándole los dos volúmenes del tomo XXXI (1980-1981) del *Boletín de Filología* del Departamento de Lingüística y Filología. Dicha publicación fue fundada en 1934 por el señor Rodolfo Oroz, quien fue su director durante cuarenta y siete años. Un solo homenaje de esta especie y calidad había sido rendido antes, precisamente, al sabio y maestro Oroz, en el tomo VIII (1954-1955). De esta manera, la Universidad de Chile, a través de sus facultades, expresa su reconocimiento y su gratitud a quienes la han servido, a lo largo de una vida, con lealtad, desprendimiento personal y sabiduría, cuyos frutos, por su excelencia, han sido provechosos para varias generaciones de profesores e investigadores chilenos y de otros países.

A esta demostración tan viva de afecto y de aprecio por el intelecto, dentro de los estrechos marcos del desenvolvimiento cultural de Chile, se suma la adhesión valiosa y fraterna de intelectuales extranjeros que laboran en disciplinas similares o conexas, respondiendo así, espontánea y dignamente, a uno de los principios básicos de la ética universitaria: el respeto y la estimación entre los pares. Las grandes universidades, democráticas, libres y soberanas, son caminos abiertos para el tránsito del hombre culto, y valen por lo que son sus miembros y por lo que legan al acervo común de la cultura. Estos no se destacan por nominaciones individuales de ocasión, sino por consenso académico. La puerta, en este caso, siempre se mantendrá estrecha.

Ambrosio Rabanales (n. Santiago, 1917) es una muestra representativa del conjunto universitario de las décadas de los años treinta y cuarenta. Durante su formación pedagógica en la asignatura de castellano (1936-1940), sobresalió por su alta capacidad de estudio, de trabajo

tesonero, de comunicación; por su inteligencia, su responsabilidad, su vocación docente; por su afán de investigación, por su espíritu crítico, por la búsqueda y posesión de una cultura general sólida, fundamento necesario de su inclinación precoz por la gramática y la lingüística. Se iniciaba, paralelamente a castellano, en filología clásica y en filosofía (1937-1941), licenciándose en ambas. Hasta 1954, año en que se doctora en filología románica, había desempeñado las funciones de ayudante y profesor auxiliar de gramática y de lingüística general en las cátedras de los maestros Claudio Rosales y Rodolfo Oroz. Se perfeccionaba, además, en filología, dialectología, latín y proseguía en el estudio de las bases estructurales del griego, el inglés, el francés, el italiano, el alemán, el árabe y la lengua vernácula mapuche.

Estos rasgos del estudiante y joven docente, en su etapa preparatoria, los destaca con agudeza la señorita Alba Valencia, discípula suya y colega, en la semblanza que hace del profesor en la publicación que comentamos: "Hago notar estos hechos que, si bien pueden parecer obvios a los lectores de otras latitudes, no son comunes en nuestro medio, que presenta todas las limitaciones de un país en desarrollo". En efecto, Chile es, demográficamente, pequeño (un poco más de once millones en el interior y una diáspora que se empina sobre el millón, según datos recientes). Geográficamente, es demasiado largo y muy angosto. Topográficamente, irregular y variado, con grandes alturas y escasos llanos, desde los Andes desérticos a los valles minúsculos, desde éstos a los bosques y a las selvas, desde aquí a los hielos perpetuos, con climas y microclimas para todos los gustos. Su riqueza marítima y terrestre es inmensa, aunque pobremente explotada. En lo social, cuenta con una clase media culta y fuerte, con una élite profesional de excelente nivel y con una clase trabajadora eficiente. En lo político, comúnmente inestable en su mesura aparente: cae en ocasiones en extremismos violentos, con daño grave de la unidad nacional y de la democracia. Racialmente es homogéneo, con predominio del mestizaje europeo sobre lo indígena. En lo cultural, excesivamente cauto e isleño, faltándole audacia creadora y originalidad de pensamiento. Los casos excepcionales, por esto mismo, son notables. Materialmente, el chileno se contenta con poco y suple esta escasez con inventiva y un dispendio exagerado de su inteligencia. Las catástrofes sísmicas, las desilusiones políticas y la aspereza de su entorno han modelado su temperamento fatalista, proclive al sufrimiento, al escepticismo y a la simplicidad religiosa de índole providencial. Su carácter, sin embargo, encuentra la contrapartida en su coraje, en su patriotismo vigoroso, en su comportamiento heroico, ratificados por su historia.

La educación, la jurisprudencia y la historia nacional han sido, entre nosotros, las ramas privilegiadas del saber. En cada una de ellas han existido personalidades relevantes, que han colaborado en la formación

de una conciencia realista y pragmática, renuente al idealismo y a la utopía. El desenvolvimiento de la primera se ha llevado a cabo con medios precarios, constituyendo esto su mayor mérito. En este ambiente de digna pobreza se engrandeció la figura del ilustre humanista Andrés Bello, primer rector de la Universidad de Chile, y continuó con sus sucesores. Al Instituto Pedagógico le tocó —más adelante— ser el semillero más selecto del profesorado chileno de la educación secundaria, como a la Escuela Normal “José Abelardo Núñez”, de la enseñanza primaria.

Nos interesa dar a conocer, especialmente a los académicos extranjeros, dos situaciones que nos llenan de legítimo orgullo. La primera es el testimonio del señor Rodolfo Oroz, que se hizo público el 15 de mayo de 1981, fecha de instalación oficial de la nueva Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, y de su nombramiento como profesor emérito \*. En este acto solemne, el activo humanista, con cincuenta y ocho años de enseñanza a cuestas, describió en unas cuantas líneas la fachada y el espíritu del famoso caserón del instituto:

“En ese edificio, una ancha escalera de piedras, holladas por numerosas generaciones de estudiantes, conducía al segundo piso, que estaba rodeado de una gran galería abierta, desde la cual se miraba hacia un amplio patio embaldosado, desprovisto de toda vegetación. Toda la casa mostraba el paso del tiempo y sus estragos y, si a la vista saltaba su antigüedad, tampoco podía disimularse al oído el crujir de las tablas estropeadas y quejumbrosas de sus pasillos y salas de clase.

“Sin embargo, esta noble vetustez le confería un aire familiar y acogedor, cálido y humano, cuyo recuerdo evoca en mí un mundo de gratísimos e inolvidables momentos” (p. 55).

En ese viejo caserón, ruinoso pero limpio, bullía la vida y se plasmaba el alma profesional de los pedagogos chilenos y latinoamericanos que se acogían a su alero. Catedráticos meritorios prestigiaban sus aulas, entre otros, Darío Salas, José María Gálvez, Enrique Nercasseau y Morán, Antonio Diez, los profesores alemanes Johow, Hanssen, Lenz, Pönisch y Ziegler; Ricardo Dávila Silva, Pedro León Loyola, Luis Puga, Julio Montebruno. De todos ellos hace el señor Oroz un recuerdo cariñoso, maestros sin tacha y compañeros de trabajo que ignoraban la deslealtad. Varones.

A tres o cuatro de ellos alcanzó a conocer la generación pedagógica de 1938, una de las más brillantes de la educación chilena y a la cual pertenece Ambrosio Rabanales. Ahora era director del instituto don Ro-

\* Publicado luego con el nombre “Medio siglo de docencia”, *Revista Chilena de Humanidades* [Santiago] 1 (1982), pp. 55-60.

dolfo Oroz, con su puro infaltable, su bigote negrísimo y recortado, su pronunciación sonora y redonda con tonalidades germanas y latinas. Lo considerábamos un alemán que hablaba el castellano clásico sin acento español. La señora Sofía, dueña absoluta de la sombría biblioteca, le servía el té con galletas a las cinco de la tarde. Eran los únicos diez minutos de vida social del severo e inagotable investigador. La casona era la misma que él había conocido, aunque más vieja. Dos hijos, casi desnudos, le habían nacido: un edificio de cemento y ladrillo en Avenida República, asilo de historiadores y de estudiantes de inglés, y otro en la ribera norte del río Mapocho, albergue de estudiantes de educación física, mejor dotado que los anteriores por la posesión de dos piscinas, la del interior, fría, y la del río, templada. En la casa principal de Alameda con Cumming había una tercera, que ninguno de nosotros usaba. Terminó por secarse.

La segunda situación a que queremos hacer referencia es que idéntico ambiente al recordado por el joven Oroz dominaba todavía cuando el joven Oroz bordeaba la madurez: franciscano, recoleto, cordial y amistoso. Todos los profesores se saludaban, como asimismo los estudiantes. Se desconocía la política del hielo, que en el decenio de los setenta y en otra casa aplicarían algunos osos polares extraños a nuestra idiosincrasia. Nuestro polo eran el estudio y la sana emulación para obtener buenas calificaciones. Nuestra meta era servir a Chile, como lo hiciera nuestro prócer Bernardo O'Higgins. Algo estaba cambiando, no obstante. Se incorporaban a su cuerpo docente científicos e investigadores, escritores, psicólogos, especialistas en educación; se creaban nuevas cátedras, exigidas por el desarrollo de la ciencia; se echaban las bases de los primeros convenios culturales y de un sistema de becas para el perfeccionamiento en el extranjero de profesores y egresados; aumentaba la dotación de textos y se modernizaban los laboratorios; se fomentaba y facilitaba la publicación de libros y revistas; comenzaba a estructurarse la carrera docente; aumentaban las matrículas en las diversas asignaturas; se abrían algunos cursos libres; entraban a funcionar las escuelas de temporada, y la extensión universitaria empezaba a ser una realidad, en Santiago y en provincias.

En esos años de efervescencia cultural y de grandes cambios políticos en el mundo, los estudiantes de pedagogía tuvimos el honor de escuchar, aprender, discutir y ser examinados por maestros auténticos: cultos, comprensivos, justos en su severidad, dedicados por vocación y por temperamento a la enseñanza, sin dogmatismos de ninguna especie y con la modestia socrática. El pluralismo filosófico imperante en ese entonces, distintivo heráldico de la Universidad de Chile, y que los gobiernos temporales supieron respetar, permitió que en uno de sus órganos principales, el Instituto Pedagógico, se gestara un movimiento intelectual extraordinario, cuya substancia eran la objetividad de la ciencia, el libre

examen, el juego de las ideas al servicio del hombre y de su dignidad, la revisión de los valores de la cultura chilena y la búsqueda de su esencia. La sombra de Bello estaba viva.

La cadena intelectual de Chile se enriquecía de promoción en promoción. Un eslabón se agregaba a otro. Junto a los dómynes provecetos laboraban los que heredarían sus cátedras y aquellos más jóvenes que el desenvolvimiento universitario imponía. Los nombres de esa pléyade están en la mente de todos: Gómez Millas, Feliú Cruz, Amunátegui, Fuenzalida, Pereira, Abascal, Vega; Mc-Lean, Flores, Ramírez; Gatica, Millet; Grandjodt, Videla, Almendras, Marín; Yáñez, Baeza, Oberhauser; Muni-zaga, González, Iturriaga, Amanda Labarca, Seguel; Nicolai; Muñoz, Piga, Orellana; Vicuña Fuentes, García; Latorre, Pino, Latcham. Cada especialidad estaba cargada de mérito, y la influencia de sus docentes sobre sus alumnos era directa y estimulante. Ambrosio Rabanales, en sus recuerdos, conserva intacta su devoción por quienes estuvieron más cerca de sus inquietudes, a saber: Rodolfo Oroz, Claudio Rosales, George Nicolai, Eugenio González, Oscar Marín, Roberto Munizaga, Pedro León Loyola, Luis Muñoz y Mariano Latorre.

Para la época, variado y rico era el cuerpo académico, aunque exiguos los materiales para la construcción de este templo interior. Parodiando a Churchill, nunca con tan poco se hizo tanto. Un alemán, con sus mostachos de maíz tirando al ocre del cigarrillo, soplabá sus vidrios que se convertían en probetas y matraces para los químicos; una estufa a gas, siempre descompuesta, nos asfixiaba, atontándonos, en los crudos meses de invierno; un solo libro de consulta por curso en la catedral sagrada de la bibliotecaria; sólo un texto secreto que escondían los profesores para elevar el nivel académico de sus clases, bastante atrasado porque llegaba desde el exterior en barco caletero; una sola revista francesa en la casa de negro del profesor Loyola, adonde iban a leerla, por turno, los alumnos sobresalientes; un mapa del siglo XVIII para ubicar países del siglo XX; un modesto gabinete de física con pesas y palancas que no funcionaban por falta de aceite; motores eléctricos paralizados; unos cuantos ejemplares embalsamados de la fauna chilena para estudiar la fauna universal; ningún ejemplar de nuestra flora indígena porque no cabía en el estrecho recinto de los botánicos; pequeños pizarrones, de color indefinido y sin tiza, para mostrar la evolución de la ciencia. Todo lo otro lo ponían la minerva y el desgaste, no exentos de fantasía, de profesores y estudiantes, con un esfuerzo y derroche intelectual inconcebibles para un europeo desarrollado. ¡Pero qué clases más magistrales! ¡Qué muestras de sabiduría! ¡Qué fuerza del espíritu! ¡Qué dignidad de la palabra! ¡Cuántos nuevos horizontes para el saber y la cultura!

Así como el movimiento se prueba andando, la cultura se objetiva en ideas y en obras. En esa casa de estudio, entre la pobreza y la medianía

material, se gestó uno de los procesos intelectuales más vigorosos de Chile, comprometiendo a la literatura, la historia, la filosofía, la lingüística, el teatro, la educación y la teoría política. Jóvenes prototipos de las letras, consagrados después, eran Juan Godoy, Fernando Alegría, Nicanor Parra; en historia y geografía, Ramírez Necochea, Péndola, Mario Góngora, Galdames, Julio Molina; en filosofía, Clarence Finlayson y Jorge Millas; en teatro, Agustín Siré, creador del teatro universitario, con Pedro de la Barra, Roberto Parada, Pedro Orthous, Bélgica Castro; en educación, Eduardo Mujica, Eduardo Vilches, Teresa Clerc; en gramática y lingüística, Ambrosio Rabanales; en un universalismo artístico y filosófico, Luis Oyarzún; en matemáticas, Julio Parra, Villalobos, Bélgica Parra; en francés, Armando Jobet, Labadie, Reyes; en inglés, Ramiro Páez, Lowick-Russell; en biología, Francisco Riveros; en poesía, Carlos René Correa, Víctor Franzani, Rolando Araneda; en la narrativa, Abelardo Barahona, Leoncio Guerrero y Edmundo de la Parra. Y cientos de pedagogos que se desparramaron por el territorio nacional, constituyéndose en el motor y centro de atracción del despertar esperanzado de Chile y de su entrada crítica y decorosa en la arena del pensamiento renovador. Ello fue posible por una universidad sin manecas. Los huesos de nuestros grandes profesores podrán pulverizarse satisfechos y contentos.

Ambrosio Rabanales representó honrosamente a su generación, desde el primer año de sus estudios universitarios, por su competencia, por su modestia, su sed de perfeccionamiento, su compañerismo y la austeridad de su conducta. Respetado, estimado y querido por sus semejantes. En 1937, el escritor y catedrático Mariano Latorre le confió la preparación del glosario de su obra *Hombres y zorros*, al que le siguieron los de *Literatura chilena* (1941), *Mapu* (1942), *El choroy de oro* (1946), *On Panta* (1946). El camino de Rabanales estaba trazado.

En 1952, por fallecimiento del profesor Claudio Rosales, es nombrado catedrático de gramática moderna española, en concurso público. Después de su doctorado viaja a la Universidad de Bonn (1954-1956), donde enseña, como profesor visitante, lengua y literatura hispánicas. Es invitado a la Universidad de Bucarest (1965), participa en sesiones internacionales de lingüística en Salamanca (1955), Lovaina (1960), Nimega (1965), Montevideo (1965-1966), México (1967-1968), São Paulo (1969), Madrid (1971), Neuquén (1978), Puerto Rico (1982), y en la Universidad de Augsburgo (1983), en la elaboración de un gran diccionario de americanismos.

Su labor docente y de extensión, de más de cuarenta años, puede resultar incomprensible fuera de Chile: clases sistemáticas, cursos y cursillos, conferencias, simposios, seminarios, redacción de apuntes, dirección de publicaciones de especialización, patrocinio de tesis, exámenes, confección de planes y programas. ¡Imposible! El resto de su tiempo lo ha

empleado en investigaciones gramaticales y lingüísticas, que se han traducido en ensayos y libros que dignifican las teorías y prácticas de nuestro idioma, por su temple y su sabiduría que comparten decenas de discípulos suyos. Increíble para los eruditos e investigadores de más allá de nuestro arrinconado Pacífico, pero lugar común para un intelectual chileno.

## 2. OBRA MAYOR

Como simple lector de gran parte de la obra del distinguido profesor Rabanales, y sólo en este estado, considero que su obra mayor de contenido lingüístico y filológico la forman tres estudios: "Uso tropológico, en el lenguaje chileno, de nombres del reino vegetal" (*BFUCh* [Santiago] V (1947-49), pp. 137-263), *Introducción al estudio del español de Chile. Determinación del concepto de chilenismo* (Anexo N° 1 de *BFUCh*, 1954), "Recursos lingüísticos, en el español de Chile, de expresión de la afectividad" (*BFUCh* X (1958), pp. 205-302). Y de contenido gramatical, otros tres: "Las funciones gramaticales" (*BFUCh* XVIII (1966), pp. 235-276), *Estructuras gramaticales* (Santiago, PCLS N° 26, 1971) y "Métodos probatorios en gramática científica" (*BFUCh* XXII (1971), pp. 77-97).

Con referencia al primero de ellos, la tropología, y su resonancia en escritores y comunicadores sociales no especializados en la ciencia del lenguaje —a quienes van dedicadas estas líneas—, nos atrae esta forma figurada del habla, que provoca un "giro" y expresa un cambio de significado o traslación alegórica del sentido usual de las palabras. Este cambio implica correspondencia o semejanza con la significación del vocablo cuyo contenido primario o común se extiende a otro de distinta especie. El tropo, como fenómeno lingüístico, se manifiesta en el habla popular y en el habla artística; natural y espontáneo de aquélla, y retórico y convencional en ésta. En el primer caso, responde a la necesidad expresiva del hablante limitado por su contorno, al revés del segundo, lo que hace por el afán de la novedad, la elegancia y la belleza.

El lenguaje recto es el que utilizamos corrientemente en el plano de la cultura y del pensamiento racional y discursivo, propio del saber. Es la forma y el camino que toman las ciencias, la filosofía, la historia, la comunicación social; base de un idioma y sustento del diálogo. El lenguaje figurado, en cambio, traslada a situaciones diferentes la denotación básica de la palabra, ampliando el círculo de su referencia a modelos y modos contingentes, de lugar, región, oficio, moda; artificio consciente de la imaginación creadora sobre la base de la observación de la realidad.

Tanto los unos como los otros, o sea rectos y figurados, tienen en común la idea de contigüidad (sinécdoque), figura lingüística que altera

—extendiendo o restringiendo— la designación de la palabra; la idea de causalidad o de correspondencia (*metonimia*), que mienta una cosa con el nombre de otra, y la idea tácita de comparación (*metáfora*), llevando el sentido recto al figurado, conservando el parecido o semejanza entre los referentes. Es el tropo por excelencia. Denota el cambio, pero sin expresar formalmente la comparación, papel que asume el *símil* como figura que explota la semejanza entre una cosa y otra, avivando y adornando la idea con sus infaltables partículas comparativas, v.gr., “como”, “parecido a”, “igual que”, “semejante a”. Por el contrario, la metáfora la abrevia y sintetiza.

Los tropos hunden sus raíces y brotan legítimamente del árbol de la expresión, no siempre a mano el vocablo preciso que la designe, en cuyo caso se recurre, mediante el procedimiento de asociación figurativa e ideológica, a términos reconocidos por el uso ordinario, mudando su sentido a una realidad lingüística nueva. En todos los idiomas ocurre este fenómeno. En lo literario, su construcción es más abstracta y complicada, lo que obliga a una elaboración cuidadosa y culta de un lenguaje que contenga simbólicamente cualidades o valores morales y filosóficos que se desea comunicar; por ejemplo, alegorías, apólogos, fábulas, parábolas.

El tropo vulgar o recto no pierde su consistencia, porque está sancionado por el medio cultural en que se mueve el hombre. Los indirectos o cultos, por el contrario, se esterilizan por su uso repetido cuando se trata de prolongar una circunstancia o una historia pretérita, que no se comadece con situaciones actuales. Nadie, hoy día, so pena de hacer el ridículo, puede comparar al Estado con una nave, a la vejez con la nieve de los años. Los tropos literarios se agotan y hay que inventar otros.

Si se considera que el léxico del lenguaje corriente es un *mínimum* de voces familiares, impuesto por el uso en su significación más próxima y objetiva, se ve que es limitante de un universo más amplio que deseamos y queremos expresar, sin hallar en el vocabulario consagrado el vehículo suficiente que traduzca nuestros sentimientos, ideas, sensaciones, conceptos; las relaciones sutiles que necesitamos establecer entre los vocablos, y la conveniencia de ensanchar sus signos rompiéndoles los marcos tradicionales. Esta *necesidad* es el carácter histórico de una lengua, su *fluir* constante, que la experiencia y la cultura promueven. Tanto en el habla popular como en la culta, el proceso y la mecánica son los mismos: respeto por los términos institucionalizados y libertad, cada vez mayor, para establecer entre ellos nuevas relaciones. El arte literario agrega a esta necesidad social otra de carácter estético: la belleza, el color, el movimiento, la armonía, no como ornamentos, sino como substancia de la obra de arte. Hay que corregir este error de los retóricos antiguos.

En la introducción a esta obra de investigación sistemática, producto casi entero de observaciones personales, Rabanales establece la relación

de la lengua con su medio: "La lengua es como una planta, que, después de absorber las sustancias terrestres del lugar en que se encuentra, las devuelve en forma de aroma y de color. Puesto que su función es servir de instrumento de expresión y de comunicación, no puede liberarse de la influencia de aquello que tiene que expresar y comunicar. Nada mejor que los componentes de su medio pueden servirle al hombre como símbolos para decir gráficamente lo que siente y lo que piensa, y ellos, incluso, se le imponen de un modo involuntario" (p. 137). Este juicio es compartido por la generalidad de los estudiosos de la lengua. El profesor Rabanales, en su caso, limita la investigación a la tropología de nombres del reino vegetal, sobre cuyos lomos cabalga el hombre telúrico con sus alforjas llenas de sentimientos, creencias, pasiones, que va desparramando con gracia, color y precisión matemática como frutos naturales que su pequeño reino le proporciona.

El glosario abarca 384 nombres, de los cuales 204 se refieren al hombre, nominando la cabeza, el mentón, los dientes, la nuez, el pelambre, los pechos de la mujer, las extremidades, los órganos sexuales, secreciones y excreciones corporales, características físicas y psicológicas, enfermedades, vicios, castigos, estado civil, nacionalidad, profesión, situación económica. Los animales están aludidos con 9; las plantas, con 23; los minerales, con 8; los objetos, con 46; los fenómenos de la naturaleza, con 2; las acciones, con 41; resultados de una acción, con 11; los juegos, con 2; conceptos generales, con 38. Las expresiones más repetidas se sustentan en los vocablos *papa*(10), *camote*(9), *pera*(6), *poroto*(5), *zapallo*(5). De los nombres de vegetales y denominaciones afines sobresalen *palo*(17), *pera*(17), *papa*(14), *choclo*(10), *camote*(9), *guinda*(8), *breva*(7), *coco*(7), *mate*(7), *poroto*(7), *zapallo*(7).

Los ejemplos y las explicaciones de los textos, precisos y rigurosos por su autenticidad, descubren el fondo anímico y atávico del hombre chileno. Como conclusión de este interesante ensayo, transcribimos uno de los puntos de las observaciones de su autor: "El fenómeno de la apreciación y expresión, por el hombre, de un modo plástico, concreto, del mundo de su experiencia, se remonta a los inicios de nuestra existencia y se mantiene hasta hoy día, no sólo en los llamados pueblos primitivos (animismo, hilozoísmo), sino en todos los pueblos que aún recubren el mapa de la Tierra (lenguaje antroposémico: proyección humana hacia la totalidad de las cosas en un delirio de panexistencialismo). Y es precisamente dicho fenómeno una de las causas generadoras del símbolo, de la metáfora, de la alegoría, eclosiones de la raíz poética del hombre. Obsérvese bien y se verá que ellos representan muchísimas veces más la concreción de algo abstracto, que la abstracción de algo concreto. Si ésta es una reacción infantil, no hay masa humana que actualmente escape a dicho infantilismo" (pp. 148-149).

La muestra aquí recogida es, por lo dicho, una parte fresca, espontánea y valiosa del alma nacional.

En *Introducción al estudio del español de Chile*, la segunda obra de las nombradas, Rabanales actualiza y perfecciona el concepto de chilenismo, terreno abonado por la tradición erudita de Chile en el estudio del vernaculismo lingüístico, el español de Chile. Sus mentores más conocidos son Zorobabel Rodríguez (*Diccionario de chilenismos*, 1875), Pbro. Camilo Ortúzar, Aníbal Echeverría y Reyes (*Voces usadas en Chile*, 1900), Pbro. Manuel Antonio Román (*Diccionario de chilenismos y otras voces y locuciones viciosas*, 1901-1918), José Toribio Medina (*Chilenismos. Apuntes lexicográficos*, 1928), Rodolfo Oroz. Menos ambiciosos, pero del mayor interés, son los numerosos repertorios sobre voces indígenas traspasadas al español de Chile (Alejandro Cañas Pinochet, Rodolfo Lenz, W. Meyer Rusca, Pbro. Francisco J. Cavada); sobre el araucano (fray Félix José de Augusta, Lenz, Sebastián Englert, Ernesto W. de Moesbach); sobre regionalismos, diccionarios profesionales, vocabularios especiales (Julio Vicuña Cifuentes, *Coa, jerga de los delincuentes chilenos*, 1910).

El entusiasmo de nuestros estudiosos por la dialectología deriva de su apego a la gramática, despertado en los chilenos por don Andrés Bello con su monumental *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847), mantenido por sucesores ilustres (Miguel Luis Amunátegui, Miguel Luis Amunátegui Reyes, Rodolfo Lenz, Federico Hanssen, Rodolfo Oroz, Claudio Rosales) y continuado por Roberto Vilches, Ambrosio Rabanales, Lidia Contreras, Gastón Carrillo, Félix Morales, Oscar Quiroz, Emilio Camus.

Tampoco lo hacemos mal en filosofía del lenguaje, aunque con recato excesivo: Félix Schwartzmann (*Teoría de la expresión*, 1967), Félix Martínez Bonati (*La estructura de la obra literaria*, 1960), Humberto Giannini ("Acerca de la rectitud de los nombres. Ensayo sobre 'El Cratilo'", 1974). En filología general somos más tímidos a causa de nuestro insularismo geográfico y cultural.

Esto señalado, incorporemos a nuestras preferencias por la educación, la jurisprudencia y la historia nacional, la proclividad a la lengua, cuya gramática "se nos cae" en las buenas y en las malas. La mentalidad chilena queda completa.

La actual promoción de gramáticos, filólogos, lingüistas y dialectólogos nacida y formada en nuestras universidades, aporta a la investigación la metodología científica: la objetividad de la observación, el experimento controlado, el testimonio del laboratorio, la comparación, la explicación causal satisfactoria, la confirmación o el rechazo de la hipótesis, impuestos en los grandes centros del saber y aplicados a nuestra realidad, la que hasta ayer era interpretada a puro intuicionismo y sentido común. Comenzamos

a ser cultos. Son las ventajas del internacionalismo universitario, la perseverancia y la fidelidad más noble a las funciones de la inteligencia.

Dedicado a sus alumnos de dialectología chilena, este estudio del profesor Rabanales importa amplio dominio bibliográfico, claridad expositiva, posición analítica, síntesis pedagógica y acotaciones inteligentes de su propiedad. Su enfoque del concepto de "chilenismo" es posterior a la determinación inequívoca del concepto de "americanismo", sobre el cual no existe consenso entre los diccionaristas. Rabanales ordena los más socorridos, destacando como definatorias las ideas del uso privativo (propio, particular), de la difusión geográfica, del grado de cultura (nivel social y de educación), de la sinonimia (figuras de semejanza) y del lugar de origen. Acepta sólo este último como especificativo del concepto. Examina algunas de las definiciones más en boga, con leves variaciones de la que registra el diccionario académico de la lengua española: "Vocablo, acepción o giro propio y privativo de los americanos, y particularmente de los que hablan la lengua española". Se infiere de ésta que los elementos predominantes son de carácter léxico (*vocablo* o palabra), semasiológico (*acepción*, sentido o significado de la palabra o frase) y sintáctico (*giro*, estructura y ordenación especial de la frase para expresar un concepto). En todas ellas echa de menos el aspecto "migratorio" de las voces entre los países de Hispanoamérica, y entre éstos y España, restringiéndose por consecuencia el número de casos; considera indefendibles como tesis de diferenciación específica los conceptos de difusión geográfica, de nivel social y la sinonimia, predicada ésta por don Juan Valera en su definición de americanismo como voz con un equivalente conceptual, el sinónimo. Aquí Rabanales es contundente: "... la sinonimia ... en ningún caso ayuda a determinar el concepto de americanismo, pues si una voz se ha originado en América, con tener muchas voces 'hermanas' o españolas como equivalentes, o no tener ninguna, no se altera su índole de voz americana. Por otra parte, si bien es cierto que dos o más voces pueden ser 'conceptualmente' equivalentes, nunca lo son desde el 'punto de vista estilístico', y como el lenguaje no sólo es un instrumento para comunicar contenidos intelectuales sino también, y en grado no menos importante, un instrumento para expresar contenidos afectivos, no se puede despreciar su función estilística sin adular su propia realidad" (p. 27).

A seguida de su apretada exposición crítica, elige el factor geográfico como determinante del concepto de americanismo, que en su tiempo supieron ver Juan de Arona (*Diccionario de peruanismos*, 1883), y Miguel de Toro y Gisbert (*Americanismos*, s.a.). Con el fin de salvar el idealismo de Vossler —"el lenguaje es una creación espiritual"— usa el término "antropogeográfico", el hombre y su lugar.

La definición de americanismo, como síntesis de una primera instancia, sería ésta: Vocablo, acepción, locución, giro o modo de hablar propio, peculiar y privativo de los americanos. Es una suma seleccionada de autores principales.

Aclarado el campo, y con los agregados de los movimientos corporales de significación lingüística (reemplazo de la mímica y la pantomímica por la *somatolalia*, neologismo de su invención) y por las contribuciones de los residentes extranjeros que dominan nuestra lengua, Rabanales define el chilenismo como “toda expresión oral, escrita o somatolálica originada en Chile desde cualquier punto de vista gramatical, por los chilenos que hablan el español como lengua propia o por los extranjeros residentes que han asimilado el español de Chile” (p. 31). Si en lugar de “Chile” y su gentilicio usamos “América” y el suyo, queda, a su vez, definido el americanismo, según nuestra opinión.

La fundamentación de “chilenismo” es sólida y rica, permitiéndole a su autor el uso y la interpretación crítica de una abundante literatura, nacional y extranjera, como asimismo sus inapreciables opiniones originales.

Con el ánimo de ayudar a los profanos en la materia —cuyo es el alcance de todo nuestro comentario— digamos que “expresión” se emplea con el sentido de palabra o locución, y esta última como sinónimo de frase (los refranes, siguiendo la tradición de nuestros lexicólogos, quedan fuera de la definición por no ser entes estrictamente gramaticales); al lenguaje oral y escrito se añade el signo somático por su alcance lingüístico; todo chilenismo es un ente gramatical, que se muestra en estado morfológico, lexicogenético, sintáctico, fonético, ortográfico, semiológico y estilístico, especialidades que contienen sus cuadros clasificatorios; por los chilenos que hablan el español como lengua propia, concepto que exceptúa a los mapuches en quienes todavía domina la lengua de sus antepasados, realidad bien distinta a la incorporación de voces indígenas a la lengua de los conquistadores y colonizadores hispanos; o por los extranjeros residentes que han asimilado el español de Chile, con referencia a las generaciones más frescas que hablan correctamente nuestro español (el aporte de voces extranjeras no se produce por convivencia física sino por trasplante cultural).

El esquema de clasificación adoptado por el profesor Rabanales le facilita la tarea sumaria de su exposición en la certeza de sus oposiciones o acuerdos, en el enriquecimiento de los casos y en el encadenamiento causal de este fenómeno lingüístico, que es desarrollo y crecimiento de la

vida espiritual de los pueblos. El idioma para el hombre y no el hombre para el idioma.

Su tercer trabajo, "Recursos lingüísticos, en el español de Chile...", es un estudio sincopado sobre la influencia de la afectividad en nuestra lengua, que se expresa por medio de los signos lingüísticos, sin pérdida de su estructura o forma natural en la mayoría de los casos, y con sustituciones y descomposiciones en los menos. No hay traslación de sentido como ocurre con los tropos.

Los ejemplos analizados por don Ambrosio Rabanales están en obras de treinta y cinco escritores chilenos, en su mayor parte pertenecientes a la literatura criollista, "que es la que en el presente refleja mejor el lenguaje oral de los ambientes señalados" (clase media y clase popular). La línea principal del análisis es el sincronicismo —simultaneidad de ocurrencias en una misma unidad de tiempo— y sólo por exigencias pedagógicas ha ordenado los signos expresivos, por su rasgo sobresaliente, en recursos fonéticos, morfológicos, sintácticos y léxicos, con clases y especies que establecen tradicionalmente los lingüistas.

Esta acuciosa y pormenorizada obra de investigación es una comprobación concreta de teorías al uso del lenguaje y de la estilística, con matices diferenciales siempre importantes e interpretaciones novedosas que proponen las ciencias en su veloz desarrollo. De ahí la cautela en el estudio de los casos y el cotejo del referente con los principios sustentados por autoridades del género, los fundamentos teóricos y la confrontación de resultados en el trabajo de terreno.

La cita o nota sirve también para demostrar el estado de un saber y la preparación cultural del investigador, siempre que sea oportuna, precisa y confirmatoria. Como en la situación presente se trata de una materia viva y en permanente evolución —el lenguaje—, nada de extraño tiene que el profesor Rabanales recurra a diversos autores para aclarar, disentir o aceptar puntos de vista, coincidentes o distintos a los suyos, sobre un tema de su especialidad. Entre los más conocidos investigadores y teóricos de la lengua, no podían faltar Navarro Tomás, W. M. Urban, Coseriu, Bally, Vicente García de Diego, Gonzalo Sobejano, Cuervo, Charles E. Kany, Pedro Henríquez Ureña, Rosenblat, Peter Boyd-Bowman, Jespersen, Oroz, Serge Karcevski, Samuel Gili y Gaya, Bühler, Spitzer, Amado Alonso, Benot, J. Alemany Bolufer, Marcel Cressot, J. Marouzeau, A. Carnoy, Javier Sologuren. Cada uno de ellos en el momento y caso precisos.

La cita de Bally, que precede a la Introducción de Rabanales —"lo que la estilística de la expresividad estudia... son los procedimientos, los signos por medio de los cuales produce la lengua la emoción" (p. 205)— nos ahorra disquisiciones repetitivas sobre el tema.

Toda palabra, por sí misma o concatenada con otras, es el vehículo expresivo del pensamiento, que brota del órgano vocal, como lo sostiene el psicólogo Maurice Pradines —miembro del Instituto de Francia— en su *Tratado de Psicología General*, conformado para el lenguaje por su condición de “órgano del espíritu”. La invención de la voz es la fuente del arte. Textualmente:

“Quizás antes de servir al lenguaje, la voz sirvió al arte, y aunque sus funciones eran heterogéneas, actuaron una sobre la otra, en razón de la comunidad del instrumento que les servía de órgano. Si la voz podía servir, a la vez, al lenguaje y al arte, un mismo órgano de expresión la condujo a utilizar sus virtudes musicales. No hay sonidos naturales correspondientes a los estados de alma cuando superan el nivel de la emoción más grosera; se necesitaba que la correspondencia se estableciera por artificio al utilizar el registro musical de la voz que proporcionaba símbolos ilimitados para los estados más diversos. La simple expresión de las emociones por medio de la voz, recurría al espíritu para comprender y fijar esta correspondencia. En este sentido, como instrumento de un lenguaje todavía emocional, la voz estaba ya ‘lanzada por el camino del lenguaje’ humano. Adquirió una ventaja inconmensurable sobre todos los otros procedimientos elementales de expresión, exigió el empleo de una inteligencia incomparablemente más despejada. Se designó a sí misma como el órgano natural de un espíritu que no quiere expresar solamente emociones sino pensamientos, lo que experimenta y lo que comprende”.

No hay lenguaje sin pensamiento, y su institución es de carácter social: se fija en símbolos de comunidad de pensamientos. “El lenguaje no puede constituirse sino en la sociedad donde crece, y esta sociedad donde aquél crece espontáneamente, tiende también a hacerlo”.

Es a través de la expresión —oral, escrita y somatolálica— que se manifiesta el mundo espiritual del hombre, el pensamiento sobre sí mismo y sobre la realidad que lo rodea, las emociones y los sentimientos que lo embargan. La palabra, en el más alto sentido de la espiritualidad, está cargada de *a f e c t o*, de una propensión “amorosa” a desear y a querer a las personas, cosas y acciones —que es el modo principal de expresión signíca de la afectividad— y del resto de todas las pasiones posibles, como ser, la cólera, el odio, la ira, la compasión, la humanidad, la ternura, cuyo reino descansa en la *s e n s i b i l i d a d* o facultad del ánimo de “sentir”. Junto al aspecto exterior y formal del término, está su *t o n o*, esa inflexión maravillosa que adquiere la voz para expresar el sentido, la emoción, el estilo y el carácter de su mensaje.

Es esto lo que atrae a los lingüistas y lo que los lleva al análisis profundo y particularizado de la lengua en estado de comunicación familiar,

de inocencia y de espontaneidad afectiva. El profesor Rabanales, al término de su ensayo, deja en claro su fundamento: "Mostrar... la estrecha correspondencia, el constante paralelismo entre un determinado fenómeno de la lengua y un determinado estado de alma, o, en un sentido más amplio, entre gramática y afectividad" (p. 297).

Las muestras recogidas y comentadas cumplen con el propósito señalado, demostrando la intimidad emocional de los chilenos, ese espíritu intransferible de los pueblos que se sustenta de una savia, de un ambiente y de un aire comunes a su historia y a su cultura. De lo particular a lo universal.

### 3. ENSAYÍSTICA

La producción ensayística de Ambrosio Rabanales es abundante y variada, siendo su presencia constante en revistas especializadas del país y otras del extranjero. Parte de ella ha sido previamente conocida en congresos, seminarios y conferencias, dentro de la temática lingüística y gramatical. Se distingue por la claridad y el orden conceptual, la respetabilidad científica y el apoyo bibliográfico moderno y seleccionado.

Los estudios sobre el lenguaje, por su propia frondosidad y particularismo, favorecen el empleo del ensayo, género retórico muy descollante y necesario en la actualidad. Su prestigio le viene de sus cultores más ilustres, de ayer y de hoy, entre los cuales figuran Plutarco, Séneca, Cicerón; Montaigne, Bacon, Macaulay, Voltaire, Emerson; Gracián, Ganimet, Unamuno, Ortega y Gasset, Azorín, Madariaga, Marañón, Marías; Montalvo, Rodó, Mariátegui, Henríquez Ureña, Vasconcelos, Caso, Alfonso Reyes, Luis Alberto Sánchez; Jorge Millas, Octavio Paz; Wildelband, Sartre, Eliot, Russell. El alud aumenta y los prototipos se multiplican.

Hemos citado a algunos maestros del género con la sola intención de destacar la importancia y la influencia que éste ejerce en los intelectuales. No es fácil definirlo satisfactoriamente a causa de los cambios que ha experimentado su forma de desarrollo y la selección de su contenido. Podemos comprobar, sin embargo, que de sus ramas gruesas nacen otras, no tan robustas, pero también firmes, y que no por ceñir menor espacio y cielo son menos sensibles y airosas.

La tradición ensayística de corte clásico o académico se conserva en determinadas zonas del saber: la filosofía, el arte, la religión, la sociología, la política, la moral, las costumbres. Su vuelo rebasa la propiedad de sus límites y no tiene por qué rendir cuenta de exactitudes empíricas. Otros saberes, en cambio, han puesto de moda el análisis crítico, la datística, las citas y las notas al margen, por requerirlo así su condición experimental y científica y la índole de su campo de investigación,

En el caso concreto que nos preocupa, tiene las características del buen artículo de divulgación y de conocimiento; del comentario, escrito que acota, explica y aclara una obra; de la exposición, interpretación y comento de un texto, y de la reseña, noticia y examen del mismo, según sean sus objetivos, sus finalidades, las circunstancias. Brevidad, agilidad, elegancia, fin cultural, libertad y aporte original son sus cualidades más resaltantes.

Queremos referirnos, en esta ocasión, a dos trabajos más —de cerca de un centenar— del profesor Rabanales: uno sobre métrica, “Tendencias métricas en los sonetos de Gabriela Mistral” (colaboración al *Homenaje a Dámaso Alonso III*, Madrid, Gredos, 1963, pp. 13-51), y otro sobre gramática y lingüística, “Vigencia de las ideas lingüísticas y gramaticales de don Andrés Bello” (contribución al *Homenaje a don Andrés Bello con motivo de la conmemoración del bicentenario de su nacimiento, 1781-1981*, Santiago, Ed. Jurídica de Chile / Ed. Andrés Bello, 1982, pp. 81-103).

La preocupación de nuestro condiscípulo por los vitales aspectos de la forma más pura de la expresión literaria, la poesía, encuentra su explicación en su fina sensibilidad lírica y en el cultivo de este género cuando estudiante de educación media y universitaria. La mayor parte de sus compañeros llegaba a la asignatura de castellano impulsada por una honda vocación creadora, sirviéndole de guía y de acicate la presencia —en vivo y en directo— de conocidos escritores que ejercían las cátedras correspondientes.

Gabriela Mistral, ilustre mujer de Chile, de América y del mundo, maestra de primeras letras, obtiene en Santiago —en 1914— a los veinticinco años, el premio de poesía por sus tres “Sonetos de la Muerte”, escritos dos años antes. Hasta su fallecimiento (1957) su obra registra veintitrés composiciones de este tipo, el más exigente y difícil de la poesía. Son las que analiza Rabanales, circunscribiéndose con estrictez a la sola métrica, “arte que trata de la medida o estructura de los versos, de sus varias especies y de las distintas combinaciones que con ellos pueden formarse”. Felizmente para él, se atiene exclusivamente a esta mecánica formal, absteniéndose de conceptos, sentidos, figuras, cargas lingüísticas, repeticiones, asperezas, dificultades acústicas. Su examen analítico se focaliza en el metro, la rima, el ritmo y las licencias métricas, es decir, el encajonamiento estructural del soneto. Resultado: predominio del alejandrino (11), seguido del dodecasílabo (6) y del endecasílabo (6); 149 rimas, sobresaliendo las de siete, con el mismo número de seseo; 127 graves y 22 agudas; notoria distribución alternante, muy poco abrazada, cuartetos con rimas independientes y a veces ligados entre sí, con sólo cuatro figuras diferentes en los tercetos; en cuanto al ritmo —periodicidad de la distribución de los acentos—, señala 5 casos: yámbico y anapéstico

(los alexandrinos), trocaico y anfibráquico (los dodecasílabos), yámbico y dactílico (los endecasílabos); en lo tocante a licencias métricas, ocurren seis en el siguiente orden: 13 sinéresis (reducción a una sola sílaba de vocales contiguas que dentro de una palabra se pronuncian habitualmente en sílabas distintas), 7 sístoles (dislocación regresiva del acento), 6 sinalefas (reducción a una sola sílaba de la o las vocales finales de una palabra y la o las iniciales de la siguiente), 3 hiatos (lo contrario de la sinalefa), 2 diéresis (descomposición del diptongo) y 2 elisiones (supresión de la última vocal de una palabra cuando le sigue otra con vocal). De este ejercicio benedictino Rabanales desprende la filiación “modernista” de la poetisa.

Tanto los profanos como los poetas no deben asustarse de estas incursiones anatómicas al cuerpo del delito, poniendo al desnudo los tejidos del verso. Ni creer tampoco que la señorita Mistral (Lucila Godoy Alcayaga) escribía con conocimiento cabal del acervo métrico. Ningún profesor de retórica ha podido ser buen poeta, y todo buen poeta escribe dentro de las normas impuestas por el sentimiento, la mente, la intuición, la fantasía y el lenguaje correcto, sin atormentarse por las reglas ni por los códigos de sus disectores. La estilística resulta del examen de la obra, y no al revés. Su mérito, porque lo tiene, está en indicar los resortes formales que utiliza el escritor, la relación de las palabras, la propiedad de sus significados, la habilidad en sortear los escollos de la elocución, la destreza del oído cuando la sonoridad y el ritmo constituyen la base fundamental del discurso poético. Y esto es, indudablemente, cultura literaria.

La joven poetisa se dio a conocer por su famosa trilogía de sonetos, falta aún de mayor experiencia. El modelo clásico —endecasílabo o alexandrino— exige rigurosidad absoluta en el empleo silábico, en el ritmo acentual primario, en la consonancia de la rima; rechaza los vocablos fáciles o vulgares —adverbios, gerundios, participios—, prefiere el verso como unidad de sentido dentro del metro, evita el uso de términos disparatados o postizos para salir del apuro de los mandatos de la rima; rehúye al máximo el recurso permisible de las licencias; no acepta la alternancia de las rimas en los cuartetos, su traslado a los tercetos, ni el agregado —como mosca en leche— del estrambote. Contenido y forma perfectos son el cuño del ente poético que comentamos.

El profesor Rabanales lo sabe mejor que nosotros. Pero él prefirió uno de estos aspectos, el métrico, salvándose elegantemente de la crucifixión. Por nuestra cuenta, y a riesgo de ser impertinentes, diremos que en los primeros sonetos de la señorita Mistral se notan sus imperfecciones de forma: rompimientos bruscos de los ritmos, dificultad en el enlace de las palabras, cacofonías, vocablos repetitivos, persistencia de imágenes, elementalidad del léxico, en uno, en dos, en los tres: “los hombres te

pusieron”, “los hombres no supieron”; “tierra humilde y soleada”, “tierra soleada”, “la tierra ha de hacerse...”; “espolvoreando tierra”, “polvo de rosas”, “polvareda de luna”; “bajaré a la tierra”, “bajará a disputarme”, “tuviste que bajar”; “briosamente... totalmente”; “zona del os signos”, “en nuestra alianza signo...”; “astro había”, “señal de astros”; “seguir... vivir”; “seguir... vivir”. ¿Qué fue entonces lo que impresionó al jurado? El fondo, sin duda alguna: sentimiento desgarrado, ternura solitaria, ideal truncado, realismo directo, religiosidad bíblica, romanticismo de buena ley. Algo más: el material de estos sonetos alimentará la substancia de su poesía futura, hasta que el premio Nobel de 1945 la consagre internacionalmente.

Los puntos que señalamos no menoscaban en absoluto la obra poética de Gabriela Mistral. Se indican con el ánimo de hacer ver —en un ambiente universitario— las severas exigencias de esta forma o estructura clásica, las cuales no siempre fueron salvadas con éxito por los grandes poetas de la lengua y en un ambiente cultural rico en tradiciones y modelos; por ejemplo, el maestro Luis de Góngora en este primer cuarteto de “A Júpiter”, escrito a los cincuenta y nueve años de edad:

Tonante monseñor, ¿de cuándo acá  
fulminas juvenetes? Yo no sé  
cuanta pluma ensillaste para el que  
sirviéndote la copa aun está.

Las lecturas de la joven poetisa chilena eran escasas y pobres en esta materia, circunstancia que no debe olvidarse en cualquiera apreciación de su poesía. Sin embargo, traía sus argüenas emocionales y un sentimiento tan hondo, que de un solo salto le dio a nuestra poesía el aliento de su recia y original personalidad, que perdura hasta hoy día. Esto deben valorarlo correctamente los lectores del país y, sobre todo, los extranjeros. Dentro del modernismo y de las corrientes que le siguieron, Gabriela Mistral mantiene la comunicación real y directa, el vocablo modelado en la greda de su suelo, imponiendo su estilo y cautelando la autenticidad del verso. Así lo estimaron los miembros del jurado, quitándole valientemente a la poesía chilena de la época los mejunjes y cachirulos a la moda, poniendo en su lugar el estilo sin afeites de una obscura provinciana, fuerte como la piedra, hermosa en su desnudez sentimental y poderosa como el águila. Los “leones” del circo hicieron el ridículo al no poder devorarla.

En su ensayo sobre las ideas lingüísticas y gramaticales de Bello, el profesor Rabanales pone su mayor énfasis en las ideas del insigne humanista sobre el lenguaje, partiendo de sus tres gramáticas —*Gramática*

*de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (1847), *Compendio de gramática castellana escrito para el uso de las escuelas* (1851) y *Gramática castellana*, publicada en 1937 por don Miguel Luis Amunátegui Reyes, sobre la base de manuscritos inéditos dejados por Bello— y de la monografía “Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana”. Nótese la preferencia de Bello por el género femenino del ambiguo “análisis”.

Uno de los méritos de la obra gramatical de Bello está en su planteamiento lingüístico y en la forma coherente, exhaustiva, clara, sistemática y particular con que expresa su pensamiento. Rabanales recoge y acuña otros calificativos: descriptiva, analítica, empírica, objetiva, sincrónica, immanente, funcional, razonada y didáctica, conceptos referidos a los matices de su examen.

Dando por sentado el valor incuestionable de su obra gramatical, destaca la presencia en ella de una teoría lingüística, aplicable a los hechos y fenómenos de la lengua española según el uso de la gente instruida de su tiempo. De una afirmación del propio Bello —“el uso no puede exponerse con exactitud y fidelidad sino analizando, desarrollando los principios verdaderos que lo dirigen” (p. 84)— se colige su actitud en cuanto a la investigación y su explicación teórica, que el empirismo filosófico y las ciencias experimentales de entonces ponían en sus manos. La práctica se explica por la teoría.

“Como se ve —dice el profesor Rabanales— ninguna incompatibilidad entre el buen gramático práctico y el buen gramático teórico; todo lo contrario: si se quiere calar hondo y hacer una obra que resista al poder abrasivo del tiempo, y no simplemente ‘desechable’, ambos deben ser solidarios.

“Reitero, pues, firmemente, que en el hecho de que Bello haya tenido el coraje —o el genio— de construir una gramática sobre el basamento inamovible de una correcta teoría del lenguaje cuando los gramáticos no hacían más que enfocar éste pragmáticamente, reside de un modo fundamental el valor impercedero de su estudio” (p. 85).

Selecciona del maestro ideas centrales que justifican su posición teórica, entre otras: el habla de un pueblo es un sistema artificial de signos; en el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza mucho más de lo que comúnmente se piensa; todo medio de expresión recibido de una sociedad se apoya en principio en un hábito colectivo; el signo lingüístico es arbitrario, el lazo que une el significante al significado es arbitrario; a la gramática incumbe exponer el valor de las inflexiones y combinaciones (la lengua es un sistema de valores), que se conservan aún intactas.

No ha tenido la misma suerte —según Rabanales y otros lingüistas que cita en su apoyo— la concepción bellista de la lengua como sistema, regular y simétrico, patente en el tema de la conjugación castellana, sal-

vando, eso sí, su idea del idioma como realidad histórica y cultural, sujeto a cambios.

Certero es el principio sustentado por Bello de que la lengua no es “trasunto fiel del pensamiento”, como lo sostienen los logicistas. El pensamiento se acomoda a la lengua y mediante ésta se concibe la realidad, declaran hoy los lingüistas más avanzados. En su tiempo, Bello supo distinguir entre la lógica del pensamiento y la del fenómeno lingüístico y gramatical. El teórico aparece, de nuevo, en su concepción de la gramática como saber o conocimiento, postulando el particularismo de las lenguas y desechando las especulaciones metafísicas.

Después de refrescarnos los aciertos de Bello sobre la estructura y los modos de la lengua como realidad que evoluciona, y asimismo las correcciones más importantes a algunas de sus ideas por obra y gracia de lingüistas y gramáticos contemporáneos, Ambrosio Rabanales concluye así su disertación:

“... es seguro que sus estudios gramaticales quedarán definitivamente como producto intelectual inusitado para su época, en sentido altamente positivo, y como producto intelectual en gran parte perdurable no sabemos por cuánto tiempo más, pero que será todavía mucho, en especial por los fundamentos lingüísticos en que se asientan, independientemente de que en la praxis su autor —ser humano al fin y al cabo— alguna vez no haya sido del todo consecuente con ellos. No importa que la ciencia gramatical siga avanzando lo mismo o más que como lo ha hecho desde 1847 hasta ahora; tanto mejor, porque no hará sino confirmar, reafirmar las sorprendentes intuiciones del maestro de América” (p. 101).

#### 4. HOMENAJE

El homenaje de que ha sido objeto, espontánea y desinteresadamente, el profesor Ambrosio Rabanales, comprueba el aprecio por su obra, en plena creación, que tiene como centro el estudio del español en Chile —el castellano— y de la manera en que se exterioriza, formal y expresivamente, en el habla culta y vulgar. Al mismo tiempo, es un parabién de colegas chilenos y extranjeros a su vasta e incansable labor docente y de divulgación, que realiza dentro y fuera del país.

A su elogio se suman 63 firmas de calificada excelencia (sin contar 3 de la “Presentación” y 74 de la “Tabula gratulatoria”): 3 especialistas en filosofía del lenguaje, 4 en filología, 2 en historia de la lingüística, 5 en lingüística indígena, 1 en lenguas en contacto, 5 en dialectología, 2 en fonología, 2 en ortografía, 8 en morfología y sintaxis, 4 en semántica, 4 en estilística lingüística, 1 en lexicografía, 1 en sicolingüística, 16 en socio-

lingüística, 2 en literolingüística, 2 en pedagogía lingüística y 1 en lingüística textual.

Los dos volúmenes que dan cuerpo a este florilegio de talentos revelan el estado actual de las investigaciones sobre las materias señaladas, y, por qué no, pasan a ser una fuente de consulta obligada para estudiantes y maestros, y también para escritores y comunicadores sociales en permanente plan de conocimiento y de superación profesional. ¿Quién le teme al lobo?

Las palabras del señor Alfredo Matus Olivier, director, entonces, del Departamento de Lingüística y Filología, en su "Proemio para un homenaje", traducen el sentimiento de todos sus colaboradores:

"Más que producto, fruto me parece palabra cabal para definir esta vocación. En frutos, con toda la carga hedonista que conlleva su contenido de 'producto deleitoso', ha consistido la existencia de don Ambrosio. Y dentro del ordenamiento semántico del verbo latino *frui*, encuentro la luminosidad para delinear, en basta pincelada, los perfiles de su biografía. En fruición humanista ha discurrido y discurre su pensamiento. Producción deleitosa, encarnación de saberes —que son sabores del alma— en torno a la manifestación lingüística, pura epifanía del espíritu".

#### ABSTRACT

The author emphasizes the academic quality of the Facultad de Filosofía y Educación of the Universidad de Chile during the mid XX<sup>th</sup> century.

He situates the beginning of the research and teaching work done by the linguistic Ambrosio Rabanales in that time, examining his scientific task until the present and demonstrating the importance of the contributions of this specialist.